

PAEDAGOGIUM (1)

PPAEDAGOGIUM del Palatino! Escuela de la Casa Imperial que toleras el desfile de los bárbaros bajo tus arcos ruinosos: yo te conozco en las horas de íntima soledad, cuando te ocultas amorosamente entre las hierbas, cubierto por el musgo del invierno; o en primavera, cuando te rodeas del follaje rumoroso que canta en la brisa del atardecer.

Y son frescas las canciones de tus árboles, como los dibujos caprichosos de tus muros atormentados por la juventud.

Todo respira la vida en tus aulas silenciosas. Se diría que tus muchachos turbulentos están sólo ausentes en estas vacaciones de la eternidad. Veo tus manos sucias, colegial-pretoriano, siento todas tus alegrías y todas tus pasiones en esta nueva Roma brumosa que se esfuma a mis pies. Adivino los cabellos rizados sobre la ternura de tu cuello y, como tú, tiemblo de deseo en la noche que comienza.

«Exiit le Paedagogio!» exclaman innumerables inscripciones.

(1) Existe en Roma, en el Palatino, las ruinas de una antigua escuela para los hijos nobles de la casa de César. En ellas se ven aún las inscripciones púnicas, griegas y latinas dejadas por los muchachos; una sobre todo, de gran interés, que se halla hoy día en el Museo de las Termas. Representa un asno crucificado; a sus pies, un estudiante ora de rodillas; bajo el «grafetti» la leyenda siguiente: «Alexamenes rogando a su dios». Es el documento gráfico más antiguo del cristianismo en Roma. Hay quienes lo hacen remontar al siglo 11, D. C. (Nota de la Redacción).

Ah! esas manos que las trazaron (manos de colegial, manchadas no tan sólo por la tinta de los pergaminos) cómo sugieren la frescura indómita de sus vidas exuberantes, ansiosas de amor, de aire, de luz! Y ese asno crucificado que recibe la plegaria del estudiante, cuanta malicia encierra contra el piadoso Alexamenos. Cuanta amargura, tal vez...

Niño admirable, fuiste travieso y lascivo, idealista y cruel; niño, como todos los niños, pero tu vitalidad, esta vez, triunfó sobre tu imprevisión: mientras los hombres construían monumentos para sustraerse al olvido, tú, con un dibujo burlesco perpetuaste en un muro el primer grito del instinto ultrajado, la primera protesta de la belleza pagana ante el presentimiento de la sombra y del dolor cristianos.

Paedagogium vacío! Paedagogium ruinoso! En tus inscripciones ingenuas está toda la nostalgia de los dioses. Inútiles han sido las estatuas de los Fidias; pobres, las ruinas suntuosas de los Césares; áridos, los poemas que pretendieron remover el pasado. Roma sólo renace en tus muros cómplices, en tus dibujos obscenos trazados por manos que rejuvenecieron la Historia. Ah ¡manos suaves de los colegiales; manos de tacto tibio que os anticipan la visión; manos ágiles e inmortales que, a despecho de los siglos y de las religiones, repiten el gesto eterno en el muro de cada escuela, en el silencio de cada noche: he besado vuestra sombra con respeto y con ternura, allá, lejos, en la Roma imperial, entre la hierba fresca del Palatino, sobre las alegres inscripciones del venerable Paedagogium.